

« ¿Quién va? dijéronle.
 — Un hombre.
 — ¡Buena razon!
 — No tengo otra.
 — ¿Vuestro nombre?
 — Es un secreto
 Que á mí tan solo me importa.
 — ¿De dónde venís?
 — Del mundo.
 — ¿Dónde vais?
 — Dónde me arroja
 El impulso á que obedezco :
 Mi rumbo es la tierra toda.
 Por ella camino siempre
 Sin consultar mi derrota.
 Donde amanece principia,
 Donde anochece se corta,
 E igualmente me cobijan
 El alcázar y la choza. »
 Quedó el juez meditabundo,
 Y con sus miradas torvas
 Tomando del estrangero
 Las señas mas minuciosas.
 Y al fin como quien sospecha
 Idéntica la persona
 Con las señales que tiene,
 Repuso con voz de mofa :
 « Veníos, señor viajero,
 A la cárcel por ahora,
 Y aclararemos mañana
 Respuestas tan misteriosas.
 — Solo la verdad he dicho
 Y no añadiré otra cosa.
 — Mañana habeis de contarme
 Sin rebozo vuestra historia,
 Y si me engaño ireis libre,
 Si sois quien busco á la horca. »
 A esta amenaza el incógnito
 Con sonrisa melancólica
 Dijo : « ¡Si fuera posible
 Esa promesa engañosa!
 — Ya lo veremos mañana.
 — Mañana, ¡ ay! saldrá la aurora
 Y á otros lugares la brisa
 Me arrebatará imperiosa.
 — Eso será lo que sea
 Vuestra merced.
 — En buen hora.
 — Ea, asidle y registrarle,
 Y prevenir que no esconda
 Papel ni objeto que aclare
 Su relacion sospechosa. »
 —
 De la mañana siguiente
 Rayaba la aurora apenas,
 Y ya el juez de Medellin,
 Asentado ante su mesa,

Con ojos devoradores
 Registraba una cartera,
 Que en su pupitre tenia
 Cuidadosamente puesta.
 Era un libro de memorias,
 Mas de tan antigua fecha
 Que ya de usarlas andaban
 Todas sus hojas revueltas.
 Veíase que añadido
 Estaba en distintas épocas,
 Segun el papel menguaba
 Y crecia la materia.
 Y era indudable que el dueño
 Conocía muchas tierras,
 Muchas distintas costumbres
 Y muchas gentes diversas.
 Porque en sus hojas se hallaban
 Corolarios y advertencias
 De los sucesos mas celebres
 Que en las historias se cuentan.
 En seis hojas de papiro
 Escrita en latinas letras,
 Estaba de Marco Antonio
 Toda la historia secreta,
 Su amor hácia Cleopatra,
 Las lágrimas de la bella,
 Su fuga de los Romanos
 Y su muerte lastimera.
 Mas adelante unas notas,
 De oscuras cifras hebreas,
 Con una imágen de Cristo,
 Obra de mano maestra.
 Leíase en una parte :
 « Y oí de su boca mesma
 Decir esto á Constantino
 De su madre santa Elena. »
 En otra parte decia :
 « Copia de las cifras negras
 Con que escribió en una gruta
 David su salmo cincuenta.
 Hizomelas ver su hijo
 Cuando visitó esta cueva
 Donde iba el Rey pecador
 A cumplir sus penitencias. »
 Y eran unos caracteres
 Inteligibles apenas.
 Leíase en otra hoja :
 « En mil trescientos setenta
 De Don Pedro de Castilla,
 En Burgos vi las exequias. »
 En otra parte una página
 De preguntas y respuestas,
 De el rey Luis Once de Francia
 Y el dueño de la cartera.
 Aquí variaba el papel,
 Y con pluma mas moderna
 La escritura ejecutada
 Leíase toda entera.

Habia allí muchas firmas
 De personas de gran cuenta,
 De Luis Catorce de Francia,
 De Ricardo de Inglaterra,
 Del emperador Don Carlos
 De Alemania, y en pos de esta
 La del cardenal Cisneros
 Y Carlos Doce de Suecia.
 Parecía que aquel hombre
 Sabía todas las lenguas,
 Pues notas tenia escritas
 De su mano en todas ellas.
 Y era muy sabio sin duda,
 Pues las artes y las ciencias
 Igualmente sometía
 A su critica severa.
 Pasaba el juez muchas hojas
 Que probablemente eran
 Aquellas que no alcanzaba
 Su mezquina insuficiencia :
 Pero con ansia indecible
 Se apoderaba de aquellas
 Que escritas en castellano
 Suministrábanle ideas.
 Sobre todo ávidamente
 Devoraba las postreras,
 Que estaban la mayor parte
 De historias y versos llenas.
 Muchas habia de insignes
 Desconocidos poetas,
 De quien por mas que valieron
 Huyó la fortuna adversa.
 Mas siempre del juez dejaba
 La imaginacion incierta
 Cuanto en las hojas leía
 De la confusa cartera,
 Porque, esparcidos á trozos
 En desordenadas piezas
 Sus misteriosos fragmentos,
 Decían de esta manera :

PRIMER FRAGMENTO.

Jamás me pararé : siempre á mis ojos
 Se estiende y á mis plés algun camino.
 Por breñas, por pantanos, por abrojos
 Sin término vagar es mi destino.

He corrido sin ver por todo el mundo
 Mas que miseria, ingratitude y dolo,
 He sentido tal vez duelo profundo
 Por falta de un hermano vagabundo
 Con quien girar... pero mejor voy solo.

Que en esa farsa insensata,
 Esa órgia que llaman mundo,
 Al plomo apellidan plata

Y madre á la tierra ingrata
 Y hermosura al cieno inmundo.

Y si es que brilla en el cielo
 Tan magnifico farol,
 Es porque, en vez de consuelo,
 Reverberando en el suelo
 Los ojos deslumbra el sol.

SEGUNDO FRAGMENTO.

El mundo dijo á la hermosa :
 « Puro tu honor guardarás. »
 La hermosa dijo : « Soy débil. »
 Y entonces la sociedad
 Encerró el honor en claustros,
 Y dorando su desman
 Delante de los cerrojos,
 Alzó traidora un altar.
 ¿Qué debes, muger, al mundo?
 Guardó tu honor, bien está,
 Pero por darte la honra
 Te robó la libertad.
 Ciñó á tu cuello una toca
 Que fué para tí un dogal,
 Que en vez de ahogar tus pasiones
 Te las hizo acariciar.
 Puso á tus puertas un templo,
 Un muro entre la ciudad,
 Celosias en las rejás,
 Locutorios para hablar :
 Y tú en tu largo abandono,
 Con descuido criminal,
 Profanaste el santo templo,
 El muro pasaste audaz,
 El mundo á las celosias
 Te sentaste á contemplar,
 Y abriste apenada tornos
 Que al mundo van á llevar
 En primorosos juguetes
 Los suspiros de tu afán.

TERCER FRAGMENTO.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se
 agrupan
 Del aire trasparente por la region azul?
 ¿Qué quieren cuando el paso de su vacío
 ocupan
 Del zénit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué instinto las arrastra ? ¿ qué esencia
 las mantiene?
 ¿ Con qué secreto impulso por el espacio van ?
 ¿ Qué sér velado en ellas atravesando viene
 Sus cóncavas llanuras que sin lumbrera
 están?

¡Cuán rápidas se agolpan! cual ruedan y se ensanchan

Y al firmamento trepan en lóbrego monton,
Y el puro azul alegre del firmamento manchan

Sus misteriosos grupos en torva confusion!

Resbalan lentamente por cima de los montes,

Avanzan en silencio sobre el rujiente mar,
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes,

El orbe en las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas:

Su claridad escasa la inmensidad sorbió;
Ya reinan solamente por los espacios ellas:
Dó quier se ven tinieblas, mas firmamento no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
Del tenebroso velo que le embozó detrás,
Que cuanto mas los ojos se empeñan en buscarle,
Se esconde el firmamento de nuestros ojos mas.

¡Las nubes solamente! — ¡Las nubes se acrecientan

Sobre el dormido mundo! — ¡Las nubes por dó quier!

A cada instante que huyè la lobreguez aumentan,

Y se las ve en montones sin limites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos

Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusion:

Ya de volcanes ciento los inflamados hornos:
Ya de movibles mónstruos aligero escuadron.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
Las desiguales copas y el campo desigual:
Ya informes pelotones de objetos peregrinos
Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿qué espíritu las guía?

¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz
[vía
Cuando retumba el trueno y cuando va bramando
Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas á visitar los mundos
El Hacedor supremo del universo va, [dos
Y envuelto en sus vapores sus senos mas profundos

Estudia y sus cimientos por si caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda
Con impotente saña caminará Luzbel,

Y porque allí cegarle su resplandor no pueda
Agolpará esas nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable
Que circundó la cumbre del alto Sinai,
En tanto que el ardiente misterio impene-
trable

Que iluminó al profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
En inflamadas fuentes la cólera de Dios:
Acaso sea alguna la que en los mares toma
Las aguas de un diluvio que la acompaña
en pos.

¡Señor, yo te conozco! la noche azul, serena,
Me dice desde lejos: « Tu Dios SE ESCONDE
ALLÍ. »

Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice mas pujante: « Tu Dios SE ACERCA
A TÍ. »

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
Detrás de esos nublados que vogan en tropel;
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crugiente són,
Las chispas de tu carro conozco en las cen-
tellas,

Tu aliento en el rugido del rápido Aquilon.

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia

Mas que una arista seca que el aire va á romper?

Tus ojos son el dia; tu soplo es la existencia:
Tu alfombra el firmamento: la eternidad
tu sér.

¡Señor! yo te conozco, mi corazon te adora:
Mi espíritu de hinojos ante tus piés está;
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro
arrullo;

Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil
rumor;

Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz
murmullo;

Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al arpa del poeta,
Si á mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,
Mi corazon henchido del fuego del profeta
Cantara, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera mas dulce que el ruido de
las hojas
Mecidas por las auras del oloroso abril,
Mas grata que del Fénix las últimas congojas,
Y mas que los gorgoros del ruiseñor gentil.

Mas grave y magestuosa que el eco del
torrente

Que cruza del desierto la inmensa soledad,
Mas grande y mas solemne que sobre el mar
hirviente,

El ruido con que rueda la ronca tempestad.

¡Mas ay! que solo puedo postrarme con
mi lira

Delante de esas nubes con que ceñido estás,
Porque mi acento débil en mi garganta espira
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
Y aunque mi vista impura tu aparicion no ve,
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fé.

CUARTO FRAGMENTO.

Quando sentí de tus ojos
Las miradas sobre mí,
Humildemente de hinojos
Ante tus plantas caí.

Señor, tu soplo me impele,
Tu voz me sigue detrás,
No hay nadie que me consuele
Ni me conozca jamás.

Muchos siglos viví, mas no envejezco,
Cada noche ¡ay de mí! que oscura cierra,
Imagino que es mi última en la tierra,
Mas con el nuevo sol siempre amanezco.

Aquí perdió los estribos
El buen juez, y empezó á dar
Furiosos campanillazos,
Con desatinado afán.
« ¡Jesus mil veces! decia,
Si no lo comprendo mal,
Este hombre ha vivido siglos
Sin envejecer jamás.
Ya di con lo que buscaba.
¡Voto vá Dios! aquí está:
Este hombre tiene un secreto
Con que obra prodigio tal,
Y como instantes los años
Dulcemente se le van.
De qué modo se compone
Para hacerlo me dirá,
O por quien soy que esta noche

Con Lucifer va á cenar.
¡Lo hemos de ver á fé mia!
¡Lorenzo! ¡Justo! ¡Damian!
— ¡Señor!

— El preso de anoche
Idme corriendo á buscar,
Y á mi presencia traedle
En diez minutos lo mas. »

Hizose así, y tan á tiempo
Que, este plazo al espirar,
Con el extranjero á solas
El juez se encontraba ya.

El Juez. De este lugar no salís
Mientras no sepa de vos
Vuestra edad, pátria y oficio,
Qué buscaís aquí y quién sois.
Responded pues francamente.

El Estrangero. Ya os dije anoche, señor,
Que es un misterio mi nombre
Que á no descubrirle yo
No hay quien le alcance en la tierra
Ninguna interpretacion.

Yo voy sin fin caminando
De la tierra enderredor,
Sin poder elegir sitio
En que fijar mi mansion.
Llego á poblado de noche,
Descanso hasta el nuevo sol,
Pero al despuntar el alba
« ¡Marcha! » me dicen, y voy.
En vano el poder del hombre,
Su capricho ó su temor
Torcer intentan el rumbo
Que el cielo me señaló.
En vano, á necias sospechas
Abriendo su corazon,
En un lugar como espía,
En otros como traidor,
Asegura mi persona
En una oscura prision,
Y ata mis piés fatigados
En un potro infamador.
Yo sé que á la nueva aurora
Volveré á oír esa voz
Que siempre me grita « ¡Marcha! »
Y á cuyo mandato voy;
Y entonces todo es inútil,
El torbellino veloz
De mi destino á otra parte
Me arrastra sin compasion.
Este es mi oficio y mi suerte,
Mi sér es este, señor.
No pretendais saber mas
De lo que os digo.

El Juez. ¡Eso no!
En vano inventa tu lengua
Tan insensata ficción.
Pese á ese fatal destino
Que dices llevarte en pos,
Si á mis preguntas te niegas,
Tu fin verdadero es hoy.

El Estrangero. Las amenazas no pueden
Torcer mi resolución;
Mas ya que es tanto el antojo,
Preguntad.

El Juez. ¿De dónde sois?

El Estrangero. De Jerusalem.

El Juez. ¿Qué años
Contais?

El Estrangero. Veinte y dos
Siglos lo menos.

El Juez. ¡Es cierto
Lo que decís! con que vos
Que contais veinte y dos siglos...
Mas me falta la razón.

¡Hablad, hablad, explicadme
Ese misterio por Dios!
Yo he visto en esa cartera
Que habeis llorado el dolor
De caminar siempre solo
Estraño á toda afición.
Pues bien, del secreto hacédme
Participe, y por mi honor
Os juro que desde ahora
Vuestro compañero soy.

El Estrangero. ¡Oh delirais! mas oídme
Toda mi historia, señor.
Yo he sido el mejor amigo
Del sabio rey Salomon.
(Y al escuchar esto el juez
Dos pasos retrocedió,
Y así siguió el estrangero
Sin notar su conmoción.)
Cuando aquel rey descarriándose
A los vicios se lanzó,
Y vió de su muerte cierta
El gesto amedrentador,

Me dijo: « Abasuero, en prueba
« De que aun en mi corazón
« Vive tu amistad ileso,
« A hacerte una ofrenda voy.
« Mezcla lo que ves escrito
« En esa tablilla, pon
« Esa receta por obra
« Y vivirás mas que yo.
« Eso ha alcanzado mi ciencia,
« Mas con la cruel condición,
« De que ha de gozar otro hombre
« Su beneficio, y yo no.
« Tú solo no has olvidado
« A tu rey: toma, y á Dios. »
A estas palabras el alma

Entre mil congojas dió
Mirad, con esta receta
Hice yo la confección
De estas píldoras que llevo
En esta caja: y con dos
Que tomo cada cien años
Otros cien años me doy.
Oid sin interrumpirme,
Que hay poco tiempo, señor
Yo ¡necio! con mi secreto
Volvime duro, feroz,
Hiceme en fin un malvado
De perversa condición.
Vivia en Jerusalem
Al morir el Redentor,
Y al conducirle al suplicio
En que la vida nos dió,
Lleváronle por delante
De mi casa, y al rumor
De los gritos y el tumulto
Del pueblo, salí al balcon.
Tendióme Jesus las manos,
Pidiéndome por favor
Un vaso de agua, y un punto
De reposo y detención.
« Marcha (le dije inhumano
Y con ademán feroz),
« Vé sin descansar al sitio
« Que la ley te señaló. »
Entonces él con voz mansa,
Mas que me heló el corazón,
Me dijo: « Tú tambien, bárbaro,
« Andarás en derredor
« De tu sepulcro girando
« Sin descanso ni mansión.
Yo soy el Judío errante:
Esta es mi historia, señor:
Estas píldoras me alargan
La vida, y con ellas Dios
Rejuvenecer me ordena,
Y rejuvenezco y voy.

Aquí el juez de Medellín,
Tras grave meditacion,
Ante el Judío de hinojos
De repente se postró,
Y así llorando le dijo:
« Dadme una corta porción
De esas píldoras, y os juro
Caminar siempre con vos.
Yo nada tengo que daros
Mas que mi amistad, mi amor...
Dadme cien años de vida...
Y...

— ¡Callad, misero!

— No,

No partireis sin que logre

— Pues bien, tomad esas dos,
Y si os vale su asombroso
Poder regenerador,
Cien años os doy de vida
Para que alabéis á Dios. »

En esto se oyó en los aires
Tronar la gigante voz
Que dijo al Judío: « ¡Marcha! »
Y al punto mismo partió.

—
Cuando el golilla á sus solas
Se encontró ya en su aposento,
Turbósele el pensamiento
Con una idea fatal.
« ¿Si habrá atentado á mi vida,
Dijo, con tal vil engaño?
¿Si invención suya en mi daño
Será esta trama infernal? »

Y absorto en tan triste idea,
Sombrio y meditabundo,
Quedó en silencio profundo
Y en profunda distracción,
A su oscura incertidumbre
Solución buscando en vano,
Las píldoras en la mano,
Y el miedo en el corazón.

Decíase allá en su mente:
« ¡Si yo algun medio alcanzara
Que alguna luz arrojara
Sobre la oscura verdad!
¡Oh si cien años de vida
Me asegura el comellas!...
¿Mas si las trago y con ellas
Me voy á la eternidad? »

« ¿Diréle al médico?... nunca.
Si la lengua no me muerdo,
¡Por Dios que el hombre no es lerdo
Y se las sopla por mí!
¿Iré al confesor?... tampoco.
Dirá que es cosa de hechizo
Y acaso algun bebedizo
Hará de ellas para sí. »

« ¿Qué hacer, Santo Dios? tomarlas
Puede salir cara fiesta,
Mas necedad manifiesta
No tomarlas puede ser.
¡Si las tomo y torno á joven!...
¿Mas si las tomo y estallo?
Probable á la par lo hallo.
¡Válgame el diablo! ¿Qué hacer? »

Y en duda tal se pasaba
Un día tras otro día,

I.

Y nunca se decidía
Por ningun partido el juez.
En contemplar á sus solas
Sus píldoras se ocupaba,
Y del cajón las sacaba
Y las guardaba otra vez.

Al fin, tras largas vigiliás,
Dijo una vez decidido:
« Mas vale mal conocido
« Que dicha por conocer.
« Iré pasando la vida
« Como hasta aquí la he pasado,
« Y si obro como un menguado,
« ¡Qué diablos! ¿Cómo ha de ser? »

« Pero, con una experiencia
« Quisiera al fin convencerme...
« ¡Con el médico que duerme
« Todavía! ¡ea, valor!
« Está en su casa; no hay otro
« Diez leguas á la redonda;
« Cuando el efecto responda
« Sea en contra ó en favor,

« Nadie dará con la causa.
« ¡Bah! salga lo que saliere
« Allá voy. — Y si se muere
« Vaya por los que él mató. »
Y en una copa de leche
Que junto al lecho vió llena
El juez con mano serena
Las dos píldoras echó.

Fuése tras esto el suceso
A esperar solo á su casa:
Cada instante que se pasa
Es todo un siglo de afán.
A cada paso que siente
Por la torcida escalera,
Cree que la noticia fiera
De su muerte á darle van.

Al fin despues de tres horas
De afanosa expectativa,
Llegó mas muerta que viva
Del médico la muger,
Con mil suspiros contándole
Que en su aposento tendido
Está su pobre marido
Muy próximo á fenecer.

Turbóse el juez á estas nuevas,
Mas cauto disimulando,
Con la muger razonando,
Parte á su casa veloz;
Y al llegar al aposento
Que el terrible arcano encierra,
Encontró al médico en tierra,
Sin movimiento ni voz.

Cárdeno el rostro, morado,
Los labios frios, y lleno
De manchas que del veneno
Señal evidente son,
Estaba ya el miserable:
Pero, vivo todavía,
Débilmente le latía
Oprimido el corazón.

Lloraba á voces la esposa,
Y el juez, que no se apartaba
Del médico, contemplaba
Los progresos de su mal:
Y cuanto más le miraba
Mas y mas se convenia
De que hacerse no podia
Mas por él que un funeral.

Y á media noche el golilla,
Convencido firmemente
De que á la aurora siguiente
Seria cadáver ya,
Volvió á su casa diciendo
Consigno mismo: « ¿Eh? ¡ya escampa!
« Si llego á dar en la trampa,
« Me largo por donde él va. »

CONCLUSION.

Después de una larga noche
De congoja y desazon,
Que en lucha consigo mismo
El juez criminal pasó,
Rindióse por fin en brazos
De sueño reparador
Aunque acosado á las veces
Por fatigosa vision.
Ya via espirar al médico,
Cuya moribunda voz
Decia: *Ese es mi asesino,
Ese, ese es quien me mató.*
Ya le veia á deshora,
Fantasma amenazador,
Embozado en el sudario,
Entrar por algun balcon.
Ya cercado se creia
De los hijos que dejó,
De la muger y los deudos
Que le venian en pos
El sustento demandándole
De que con él les privó,
Cuya fatal pesadilla
Le oprimia el corazón.
Al medio de su carrera
Llegaba el siguiente sol
Cuando á unas desaforadas
Voces el juez despertó.
Furiosos golpes se oian

En su misma habitacion
A la puerta de su cuarto
Redoblando con furor.
« ¿ Quién es? » dijo, y respondieron
De fuera: « Abrid, que soy yo. »
Hincóse el juez de rodillas,
Traspasado de pavor,
Y con angustia horrorosa
Cuantos santos recordó
Empezó á llamar á voces
En balbuciente oracion.
El médico era en persona,
Que no era de otro la voz.
« Voto á mil diablos, decia,
¿ Quereis abrir ó me voy? »
— Vuelve, enemiga fantasma,
Decia el juez, vuelve á Dios,
Yo haré por tí penitencia.
— Pero, hombre, por san Zenon,
Haced cuanto os diera gana,
¡ Pero abridme!

— ¡ Abrirte! no.
Vuélvete en paz al sepulcro.
— ¡ Perdido habeis la razon,
Hombre dado á Barrabás?
¿ No estoy diciendo que soy
Yo, Don Lucas vuestro médico
En cuerpo y alma?

— ¡ Gran Dios!
— Abridme y oireis cosas
Que os parecerán ficcion. »

Abrió por último el juez,
¡ Pero cual fué su furor
Al ver el rostro del médico
Vertiendo satisfaccion
Y rebosando alegría
Y juventud y vigor!
Clavó en él una mirada
El juez con una espresion
Tan desesperada y torva,
Tan siniestra y tan feroz
Que el médico, percibiéndola,
Dos pasos retrocedió.
« ¿ Con qué es verdad, dijo el otro,
Que vivo estais? »

— Si, señor.
— ¡ Mas vigoroso, mas jóven!
— Venia por ello yo
A pedir las albricias,
Aunque ignoro la razon.
— La ignorais, ¡ necio de mí!
Replicó el juez, pues yo no.
— ¡ Cómo, señor! ¿ De un milagro?
— Yo he sido solo el autor,
Y si quereis de mi saña
Salvaros...

— En conclusion

¿ Qué es esto?
— Que os aparteis
De mi vista, ó voto á Dios
Que os voy á hacer mil pedazos
Sin poder con mi furor. »
Y á estas palabras asiendo
De un larguísimo espadon,
Iba á caer sobre el médico,
Que echó por un corredor.
Un aposento tras otro
Amedrentado cruzó
Y dió por fin en la calle:
Mas al tender en redor
Los ojos despavoridos,
Con espanto grande vió
Que el juez se arrojaba á ella,
Lanzado por un balcon.
Cayó en las piedras el triste
Y de tanta elevacion,

Que si intentaba matarse
Con tino lo ejecutó.
Llegósele el pobre médico,
Movido de compasion,
Mas era el golpe de muerte
É inútilmente acudió.
El juez le dijo, mostrando
En su rostro y en su voz
Las mas certeras señales
De honda desesperacion:
« Soy el hombre mas estúpido
« Que de mugeres nació.
« ¡ Maldita sea mil veces
« La ciencia de Salomon! »
A cuyas ruines palabras
El miserable espiró,
No comprendiendo el buen médico
Tan estraña confesion.